

Don Emilio.

Don Emilio Gómez se encontraba en su despacho, una estancia ni muy grande ni muy pequeña, era espacio suficiente para un viejo y enmohecido escritorio verde oscuro, con su respectiva silla gastada por el tiempo, y un par de estantes de madera gruesa y oscura, llenos de libros que en realidad nunca había leído, y todo el conjunto con manchas grisáceas debido a la acumulación de polvo. Sobre el escritorio, que se ubicaba pegado a la pared bajo una ventana abierta de par en par, por la que entraba el frío aire mañanero del sur, trayendo el olor de la sal y la arena, se hallaban cuatro objetos, una taza de latón oxidado que tenía café, una miniatura de un bote de remos amarillo y azul, un concón disecado, que le regaló su hijo taxidermista, él mismo lo había cazado, y una lámpara, que al igual que el resto de la mueblería, era de madera. También había unas pocas hojas en blanco. El viejo pescador estaba sentado en medio de la estancia, observaba el brillante mar mientras bebía un sorbo de café frío, que le sabía a óxido y a tiempo pasado.

— ¡Maldita sea! —exclamó dirigiendo su mirada a las hojas blancas— Llevo horas, días, semanas, unos segundos... y nada, no se me ocurre nada. Al igual que esas miserables hojas, blanco.

Se quedó meditando, alternando la vista entre las hojas y el mar. «¿Cuántos amaneceres he visto, en tierra y agua, donde se levanta un sol ardiente y enceguedor? Un sol que inmediata y tiernamente comienza a calentar mi piel, provocando un suave cosquilleo en ella, venciendo el frío aire marítimo.»

«¿Cuántos atardeceres he visto? Donde el astro anaranjado se entrega al mar en cálido y apasionado abrazo, derritiéndose en este y haciéndole arder, mientras se sonroja el cielo, avergonzado de tan atrevido encuentro. Mi vista nunca se aparta de la escena.»

— ¡Oiga, doña! —así le decía a su mujer, doña Candela Rosales— ¡Tráigame mi café! —gritó, para luego tomar otro sorbo de la taza oxidada.

«¿Cuántas noches he pasado en vela viendo la luna y las estrellas? Cada noche es única y especial. Hay noches en que la luna, esté o no llena, brilla tanto que

desaparecen las estrellas, se ve clara la mar, y el reflejo de ella danza sobre las olas. Bailan lento y abrazados, pero ese abrazo no tiene la misma pasión que el otro, y al tacto se siente frío, aunque tiene una calidez propia.»

«Otras noches no hay luna, alrededor nada se puede ver, ni siquiera logro ver mis manos. Pero las estrellas... ¡uy, que espectáculo! Es algo realmente mágico, en especial estando en altamar, donde, el suave mecer de las olas junto a la impenetrable oscuridad, te hacen sentir que flotas en un espacio infinito mientras ves el firmamento fantástico. ¿Quién habría dicho que en el espacio habría tales colores? Me gustaría navegar algún día en la vía láctea, ¿se podrá pescar algo?»

—En fin —suspiró—, nada que escribir. Como estas hojas, soy un miserable, y nada tengo que decir, ¿no es cierto gato?

El viejo gato, gris con manchas como pequeñas gotas negras a lo largo de todo su pelaje, salto grácilmente al regazo de don Emilio.

—Así es Emilio. Estás viejo, enfermo y solo, ya no puedes salir al mar, y ni siquiera sabes escribir—. Leo maulló y se dejó acariciar. Don Emilio tomo otro sorbo de café, manteniendo la vista en el mar. «Conque eso es suficiente para ser un miserable».

Al rato se sacó al gato de encima y lentamente salió del despacho de su hijo en dirección a la cocina.

—Doña, vamos a almorzar. ¿Qué va a cocinar?

Abrió el refrigerador, sacó sobras de arroz con guiso de carne, y se sirvió una porción que puso a recalentar. Mientras tanto colocó un mantel blanco, bordado con diseño de flores, que cubría la gran mesa central del comedor. La mesa, para ocho personas, era de gruesa madera de coigüe.

De los costados del comedor sobresalían cinco lámparas, tres a un lado, con dos cuadros, un poco por debajo, entre ellas. Los cuadros presentaban escenas de pescadores en la costa, en uno se observaba un clima nublado, mar bravo, y tres pescadores desenredando redes en su barcaza, en el otro había un pescador junto a un perro, y el hombre empujaba un bote al mar tranquilo en una mañana en la que

aún no salía el sol. Ambos cuadros pintados por un artista de por ahí, joven con alma de viejo, de esos que ya no se ven todo el tiempo. Al otro lado del comedor estaban las otras dos lámparas que, junto a dos cortinas azules recogidas, flanqueaban un gran ventanal desde el que se veían una amplia explanada con un denso bosque a un lado.

Sobre la mesa, en el centro, se hallaba un arreglo de frutas de cerámica, y a sus lados, hacia las cabeceras, dos velas en candelabros. Don Emilio colocó un par de cubiertos, una copa de vino, y una servilleta de género en un extremo, teniendo el ventanal a su izquierda. Mientras almorzaba solamente se escuchaba el ruido de los cubiertos contra el plato.

—Doña, ¿puede masticar más despacio, por favor? Mete mucho ruido... Gracias.

Sin haber terminado el plato se levantó y fue a fumar en el porche trasero viendo el mar. Allí tenía simplemente una mesita redonda, blanca y de madera, una silla, también blanca y de madera, y un cenicero de metal, con restos de cigarros sin acabar. Con uno en su mano derecha, la copa de vino en la izquierda, y una pierna cruzada sobre la otra, observaba hacia el infinito con una mirada vacía. Su barba, gris, se mecía en el viento ligero. El atardecer le trajo un poco de vida, despertando sus ojos celestes, en los que se reflejaba el sol rojizo. Mantuvo la mirada fija en el sol mientras se entregaba a las aguas.

—Doña, ¿se recuerda usted cuando éramos jóvenes y bailábamos en la arena? Yo aún me acuerdo de esas tardes de verano, donde su cabello, agitado por el viento, brillaba como el sol. Usted se reía, como se ríe ahora, y siempre tan bella... Incluso ahora sigue siendo más linda que la luna llena, y de veras que es linda la luna llena. Bailábamos lento y abrazados, doña, y usted susurraba canciones. ¡Ay que bien cantaba! Yo nunca fui bueno para cantar, ¿se acuerda?, pero usted... ¿me canta una canción? Una de esas de las que nos gustaban...

Se puso a tararear despacio una melodía vieja, de allá por los cincuenta, en general olvidada pero que él aún se sabía completa, una melodía romántica y lenta. Se veía perfectamente bailando en la arena, con más de medio sol escondido detrás, se

veía a él y a doña Candela. Tenían veinte años, él con una camisa blanca, arremangada hasta los codos, un chaleco de lana sin mangas, y pantalones caqui. Ella con un vestido de verano, amarillo con diseño floreado, que se extendía justo por debajo de las rodillas. Ambos descalzos.

Luego de haberse escondido el sol entró de vuelta a la casa. Con los últimos rayos de luz, la copa con vino aún y el cigarro encendido en el cenicero, presentaban una pintoresca imagen digna de ser pintada.

Adentro encendió el fuego en la chimenea de la sala, mientras este iba creciendo se preparó una taza de café, dos cucharadas de café y una de azúcar. La chimenea de ladrillo estaba casi completamente ennegrecida, y sobre ella tenía un arreglo de flores, suspiros del mar, las favoritas de doña Candela, en un jarrón de cerámica blanca, junto al que había una sola foto, de la pareja recién casados.

Al volver a la sala pasó junto al despacho, donde vio de reojo que las hojas aún seguían ahí. Las recogió, las observó y se las llevó. De vuelta junto a la chimenea las arrugó y las arrojó en el hogar, donde rápidamente se consumieron. Se sentó en su sillón de cuero negro, viejo y gastado, se quedó con la mirada fija en el fuego y Leo se echó enfrente. La llama había crecido bastante, don Emilio no necesitaba pegarse a la chimenea para sentir el calor, e iluminaba buena parte de la sala mientras se movía suavemente, formando sombras cambiantes. Estaba absorto en el fuego, y sus ojos azules, en su curtido y arrugado rostro, brillaban, como gritando «¡Aún estoy vivo!»

—Hoy ya son diez años, ¿no?

Se sorprendió un poco ante las repentinas palabras del gato. Rápidamente se le oscureció la mirada y dijo despacio, casi susurrando —sí... diez años... y aún estoy vivo— Dirigió la mirada a la foto, una lágrima recorrió su mejilla, y con voz rota agregó —Doña... te extraño.

T.T. Robles.